



REDACCION Y ADMINISTRACION,
Compostela, número 71 (entresuelos.)

SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,
Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10.
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 22 DE MAYO DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7—UN AÑO, \$12.75
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 29.

SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—El comandante Montaner, por JUAN DE AUSTRIA.—Miserias humanas: El bodeguero de la esquina, por JUAN PEREZ.—Canto obligado, por JUAN SIN-MIEDO.—Epístolas á Juan Palomo, de Nueva-York, por JUAN-BULL; de Madrid, por Eusebio Blasco y Carlos Frontaura.—Cuentos de Manigua (continuación), por JUAN SIN-TIERRA.—Sartenazos.—Anuncio.
CARICATURAS, por DON JUNIPERO.—Retrato de Montaner, por Cisneros.

MENESTRA SEMANAL.

Ulises.....—Yo he luchado en treinta guerras.
Telémaco.—Yo he luchado en treinta y una.
.....
Ulises....—Yo en seis días no comí.
Telémaco.—Yo en seis meses no fumé.
.....

¿Conocería Eusebio Blasco á Quesada y á Jordan cuando escribió estos versos?

Es muy posible que sí, porque á Jordan y á Quesada hace ya tiempo que los ha conocido todo el mundo.

De cualquier modo que sea, parece que la escena del reconocimiento entre el joven Telémaco y su papá, está escrita expresamente para estos dos héroes en agraz.

Atencion.

Embozaditos en su capa.....—y en esto no hay engaño, pues si á Quesada se le vió que es...capa, tambien Jordan es...capa—embozados hasta los ojos, se presentan en la escena con paso inseguro, como el de quien vá á pasar por delante de un sastre que sea inglés.

—Diviso un bulto, dice Jordan;—¿si será uno de los muchos, que en forma de chichon tengo en el cuerpo, hechos por los garrotazos de los españoles? Sí; es muy posible, y que haya salido de casa ántes que yo.

—¡Alto!

—¿Alto? no señor; de estatura regular soy.

—¿Quién vá?

—Un hombre y el que viene es otro hombre.

—Se ha equivocado V., soy un héroe.

—Yo soy otro héroe, mejorando lo presente.

—Pues ya somos dos héroes: demasiados para un pueblo solo.

—Diga V.; en qué país ha hecho V. sus heroicidades?

—En ninguno para el caso; porque es un país que todavía no existe.

—Pues lo mismo me pasa á mí.

—Parecemos dos fabricantes de abanicos, ántes de abrir el taller. Hay tela y papel, pero aun no tenemos hecho ningun país.

—Y á qué viene V. aquí?

—Traigo una mision.

—Y yo otra.

—Canario! lo veo á V. tan igual á mí, que parece que me estoy mirando al espejo.

—Puede; pues si bien yo no tengo luna, me he quedado á la *idem* de Valencia.

—Quién es V?

—Y usted?

—Abajo los embozos, ahora que estamos solitos

—Quesada!

—Jordan!

Y los dos enviados de la república cubera, cogidos del brazo—porque siempre les gusta coger algo—salen en busca de Aldama para que les explique cómo es Morales Lemus embajador, siéndolo ellos tambien.

Aldama los ha sacado de la duda, diciéndoles que ellos son embajadores y Morales Lémus, encargado de *negocios*.

Jordan, después de esta entrevista, y de algunas esplicaciones que le ha dado el perínclito, ha dirigido á las señoras una excitacion en favor de los indigentes cuberos.

—Cuántos pobres tiene V. que socorrer? le preguntó una de las señoras aludidas.

—Principalmente, dos.

—Son parientes?

—Sí señora; hermanos gemelos, pero viven separados.

—Y es mucha su miseria?

—Muchísima: figúrese V. que van vestidos de percalina!

Jordan hablaba inocentemente de los bolsillos de su chaleco.

Del puerto de Nueva-York ha salido recientemente el vapor *Upton* con una nueva expedicion filibustera.

Segun ha dicho el telégrafo, todos los que la componen van desarmados. Los directores del negocio han comprendido sin duda que los *patriotas* podrán muy bien durante la navegacion armarse..... de paciencia.

Cada vez que recibe el anuncio de una de estas expediciones, el castillo del Príncipe se arriega la falda, como hacen las mujeres cuando se levantan de la silla para ver quién pasa por la calle.

Es una cosa extraña. Esos vapores filibusteros producen exactamente los mismos efectos que los vapores del vino: hacen perder la cabeza.

Al bravo Montaner le llaman los insurrectos

el *brujo*, porque aparece y desaparece, vá y viene; sube y baja y siempre les pega.

Después del último vapuleo, es muy posible que le hayan cambiado el nombre y le llamen el *mal barbero*.

¿Por qué? Porque al afeitarlos en Najaza, les arrancó los cañones.

¡Ay! y es operacion que hace ver las estrellas, aunque estén envueltas en los trapos de doña Emilia.

Dicen que Montaner ha jurado coger á Céspedes.

Lo creo: Montaner es capaz, no tan solo de jurarlo, sino de cojerlo.

Aseguran que el flamante presidente está ya cercado y á punto de caer en el garlito; y se cuenta que al verse en tal apuro, la tercera esposa de Manolo se puso en cruz, Céspedes se puso lívido y Aguilera se puso en *jarras*. Ya no guardan botellas en la manigua.

—Maldicion! gritó el del berrido; estoy desesperado, mi paciencia se agota.

—Pues si se....agota, dijo Aguilera, más vale que sea *chorro*.

Céspedes hizo sus preparativos de fuga, y por todo arreglo de equipage se ha echado el alma á la espalda.

Aguilera vá detrás de él, contemplando con fruicion el alma de su amigo y presidente, porque Céspedes tiene el alma de cántaro.

Y como la insurreccion está ya en la agonía, solo se habla de si se ha escapado este ó el otro general ó de si cogerán al cabellecilla tal ó cual.

Por Aguilera estoy completamente tranquilo; pues aunque permanezca aquí, está ido.

Los periódicos americanos han levantado mucha algazara con motivo de la ejecucion de Goicuría. Dicen que una muerte así, tan precipitada y sin dar tiempo para sustanciar un proceso, puede calificarse de asesinato.

¡Pobres gentes! Vamos á destruir sus argumentos con las mismas palabras del desgraciado jefe de tantas expediciones filibusteras.

Y cuidado, señores, que esto es tan cierto como el Evangelio.

Al pasar desde Puerto-Príncipe á Nuevitas, con direccion á la Habana, le dijo Goicuría al oficial que lo custodiaba en el tren.

—Si yo hubiese cogido á una persona impor-

tante de ustedes, no hubiera tardado tanto en fusilarle como tardan conmigo.

Palabras históricas que recomendamos á la prensa del Norte.

Pero, qué quiere V. esperar de unos periódicos, que como el *Wold*, se atreven á ensartar la siguiente paparucha?:

«Napoleon III, dice el diario de Nueva-York, ha muerto á consecuencia de una operacion que en el invierno último le hizo el doctor Ricord. Antes de morir recibió de Inglaterra y Rusia la promesa de que ambas naciones ayudarían al príncipe imperial á mantenerse en el trono. Pero como en aquella época los ánimos estaban muy agitados en Francia, la emperatriz creyó prudente diferir el anuncio de la muerte del emperador. Ha logrado ganar á los ministros y á los íntimos servidores de palacio, á quienes ha hecho aceptar un falso Napoleon, á quien he visto pasearse en el Jardín de las Tullerías. Tenia mis anteojos y pude examinarlo á placer. La misma estatura, la propia mirada singular, la misma tez del rostro, el mismo andar inclinado un tanto, pero no era el emperador de 1852 ni de 1860 que yo habia visto.»

Sí; el corresponsal habrá visto todas esas cosas á través de su bolsillo, donde no habria más que un napoleon falso.

Y á cómo estamos de infalibilidad?

Si vieran ustedes qué azorado me tiene el que no acabe de resolverse esa cuestion!

Es un *schema* que me escama.

Los padres de la Iglesia fundan el principio de la infalibilidad en que Jesucristo dijo á Pedro: «Lo que tú ates, quedará atado»....

Hombre, pues si es por eso, que lleven á Carlos Manuel Céspedes y que declaren al Papa infalible; con eso quedará aquel amarrado.

JUAN PALOMO.

EL COMANDANTE MONTANER.

La atencion pública está hoy fija en un hombre: Montaner.

Las ideas corrian cuesta abajo y con gran rapidez por la pendiente de los sucesos, hasta que un hombre les salió al paso, gritándoles:

—Alto ahí; pues bien valgo la pena de que se fijen ustedes en mi persona.

Y efectivamente, los pensamientos han suspendido su marcha para detenerse ante ese hombre: ese hombre es Montaner.

¿Quién es Montaner? Es un militar distinguido, que visto de lejos parece valiente, y examinado de cerca, lo es.

El que quiera tener más detalles que acuda á la manigua, donde ya son conocidos la fuerza de su brazo, el poder de su estrategia, los recursos de su imaginacion y el alcance y certera puntería de su rifle.

Pero JUAN PALOMO tiene pendiente el compromiso con sus suscritores de darles algunos apuntes de la vida del bravo gobernador de Santa Cruz, y fiel á su palabra, vá á pagar la deuda contraída.

Atencion.

D. José Pascual y Montaner, nació en Jalon, pueblo de la provincia de Alicante, el 10 de Marzo de 1829. Tiene por lo tanto cuarenta y un años de edad, sin quitarle ni ponerle. Fueron sus padres D. José Pascual y Martinez y Doña Salvadora Montaner y Barceló.

Empezó su carrera militar el 16 de Diciembre de 1845, como subteniente de milicias, cuyo nombramiento obtuvo por gracia especial.

En 1847 le fué reconocido este grado en infantería, pasando, por consiguiente, á formar parte del ejército activo.

Su primera campaña la hizo en las Montañas de Cataluña, en las que formando parte de la columna que mandaba el brigadier Contre-ras, operó contra la faccion de los Matinés, siendo agraciado con el grado de teniente por los méritos que contrajo en la pacificacion del Principado.

Ya desde aquí tenemos que buscarlo en la Isla de Cuba, á donde vino á petición propia y con el ascenso inmediato, desembarcando en la Habana el 20 de Diciembre de 1850, procedente del puerto de Santander, de donde salió con su regimiento el 20 de Octubre.

No es extraño que haya adquirido tal práctica en perseguir mambises, porque ya el año de 1851 salió á operaciones con su compañía, en persecucion de una gavilla de insurrectos que vagaba por la montaña de la Siguanea; permaneciendo ocupado en dicho servicio hasta el total exterminio de los sublevados, al cual contribuyó no poco, por su parte.

Por el alzamiento nacional de 1854 obtuvo el grado de capitán, y con él continuó sirviendo en varios cuerpos del ejército de esta Isla hasta fin de Marzo de 1857, que hallándose de guarnicion en Villaclara, fué baja en el mismo, por pase á la Península; para donde se embarcó en la Habana el 25 de Abril, incorporándose á su llegada al regimiento de Gerona.

En Mayo de 1861 fué colocado en las oficinas de la Direccion general de infantería, donde permaneció hasta fin de Octubre del mismo año, que le fué concedido nuevamente el pase á la Isla de Cuba con el empleo de capitán, llegando á la Habana, en la corbeta de guerra *Colon*, el 26 de Diciembre.

Un secreto instinto parecia decir á Montaner que su gloria habia de encontrarla en esta tierra.

El regimiento de la Corona fué el primero á que se incorporó y en el que prestó sus servicios, hasta que en Diciembre de 1862 fué nombrado comandante de armas de Santa Cruz.

Relevado de dicho destino en Mayo de 1867, volvió á ocuparlo en Setiembre del mismo año, y allí ha permanecido; para escarmiento de mambises, hasta hoy día de la fecha, que ascendido á teniente coronel, por su gloriosa hazaña, llevada á cabo en los montes de Najaza, se encuentra al frente de un batallón, que ha sido bautizado con el significativo nombre del *Rayo* y que vá á caer como un *ídolo* sobre las dispersas huestes que obedecian al hombre del berrido.

En Santa Cruz estaba cuando se volvió loco aquel Sr. Carlos Manuel en Yara, siendo el primer síntoma de locura el rebuzno memorable del 10 de Octubre.

Tres veces sitiaron los rebeldes en crecido número el pueblo que mandaba Montaner, y tres veces fueron rechazados. La primera contaba el gobernador de Santa Cruz, para defensa de la poblacion, con 50 hombres; la segunda con 174; la tercera con 370.

El ex-flamante Quesada dirigió en persona este último ataque, en el que jugó la misma artillería que ahora, en revancha, les ha cogido Montaner.

Por estos magníficos hechos de armas obtuvo la efectividad de comandante, cuyo grado tenia anteriormente, por la gracia general de la revolucion de Setiembre.

Entre todas las salidas, ataques y defensas que ha dirigido, desde el principio de la insurreccion, causó al enemigo más de 450 muertos vistos, tomándole infinidad de caballos y sobre doscientas armas de fuego.

Los mambises le temen como al diablo, y le han bautizado con el nombre de *el brujo*; porque Montaner los encuentra siempre que quiere y les pega cuantas veces los encuentra; y sabe tambien burlarlos, eludiendo el encuentro y siguiendo adelante su camino sin que nadie le moleste, cuando así le conviene.

Conoce el terreno palmo á palmo, y con su traje mambí, que es el que usa, se mete hasta en las últimas guaridas de los foragidos; no queriendo llevar nunca columnas de más de 400 hombres, para moverse con más facilidad.

Montaner es caballero de la orden de San Juan de Jerusalem y de la Americana de Isabel la Católica, contando tambien entre sus títulos una declaracion de haber merecido bien de la patria, al sostener la integridad nacional en las difíciles circunstancias porque atravesó la Isla de Cuba el año 1855.

¿Te parece, lector amable, si el mocito será ó no conocido de los filibusteros?

Este es el hombre, cuyo retrato de cuerpo

entero, damos en este número, sacado de una fotografía, remitida por nuestro corresponsal de Puerto-Príncipe; este es el que, con un puñado de valientes, arrancó al enemigo todo su parque de artillería; este es el bravo oficial que hoy se atrae las miradas de todos; este es el que, segun dicen, se halla empeñado actualmente en una empresa importante, y que se muestra decidido á pillar entra sus garras á cierto pajarraeo, gordo, muy gordo. ¿Lo conseguirá?

El pueblo confía mucho en la pericia, valor y patriotismo del valiente militar objeto de estos apuntes.

¡Ojalá vea sus deseos realizados!

JUAN DE AUSTRIA.

MISERIAS HUMANAS.

CUADROS AL PASTEL.

EL BODEGUERO DE LA ESQUINA.

Escrito está el título, y no hay más remedio que apechugar con el resto.

El bodeguero de la esquina de mi casa vá á suministrarme asunto para este cuadro; será una atencion más que deba á mi honrado vecino.

Por más que otros muchos se hayan ocupado ántes que yo de mi héroe, no desisto del empeño. Yo he de decir verdades como puños, sin rodeos ni adornos, verdades que aquellos otros se dejaron en el tintero con estudiada malicia.

El bodeguero ha sido objeto de más de un artículo de costumbres, pero no ha sido juzgado nunca; es una medalla que se ha tenido particular cuidado en presentar solo por el reverso.

Se le ha zaherido, sacando á plaza detalles insustanciales, inherentes á su industria al por menor, y pare usted de contar; á esto se ha limitado el estudio de aquellos que manejaban el pandero de cierto género de literatura, en los venturosos tiempos en que Carlos Manuel se despepitaba revolviendo papeles apolillados para probar al mundo su rancia nobleza española.

Oh tempora! oh mores! oh tiempo de los moros!

Vamos al grano.

El bodeguero de la esquina de mi casa es el mismo que tiene su bodega en la esquina de la casa de todos y cada uno de los suscritores de JUAN PALOMO; si en esto hubiere alteracion, será por culpa de los últimos, nunca por parte de mi tipo; cualquiera de mis lectores se podrá creer dispensado de tener casa, pero un bodeguero sin bodega es cosa que no se encuentra por todo el oro del mundo.

Conste, pues, que *el bodeguero de la esquina* es un tipo general, que se estiende, multiplica y abarata hasta ponerse al alcance de la mano de todo vecino que no sea manco.

Le contemplo desde mi ventana; allí está perpétuamente tras el mostrador, feliz y tranquilo, modelo de constancia y de paciencia, ocupado en labrarse un modesto porvenir por los mismos medios de que se vale la gota de agua para horadar la piedra.

Entró en la bodega á los 15 años, hoy tiene 30; ha sepultado en la trastienda los mejores años de su vida, pero él no se apercebe de su sacrificio; jamás piensa en el pasado, solo tiene pensamientos para el porvenir, vive en el mañana; volver hombre al hogar que le vió partir niño, sorprender á su buena madre con la poblada barba que echó por estos trigos, adquirir la propiedad de los terrenos que su anciano padre fecundizó con el sudor de su frente y cuyo arriendo le cuesta un ojo de la cara, y morir respirando el aire de la patria, tan necesario á sus pulmones: hé aquí su sueño dorado.

Al presente, sus afanes tienen por exclusivo objeto crearse una intachable reputacion comercial; además, abriga otro deseo, el de la supresion de las *contras*.

Hace quince años era sencillo, cumplido, servicial y humilde.

Pero muy pronto repetidos chascos y desen-

gaños crueles le hicieron guardar y empaquetar cuidadosamente esas recomendables virtudes, y las arrojó al fondo del baul, rotulándolas de este modo: «música celestial.» Conservóse honrado y bueno, pero tornóse suspicaz, observador, incrédulo, y convencido de que ya no se amarraban los perros con longanizas, resolvió no dejarse comulgar con ruedas de molino, y tuvo razón.

Mientras se prestó dócilmente á la explotación de sus parroquianos, se vió adulado, mimado y enaltecido; más tarde fué escarnecido y calumniado, precisamente cuando notó que por dar de comer al hambriento, podía muy bien quedarse él sin tajada.

Blanco de los tiros que sin cesar le asestaban cuantos quieren vivir á costillas del prójimo, el bodeguero de la esquina no tiene más remedio que estar siempre vigilante y á la defensiva; ha hecho de la bodega una fortaleza, una batería del mostrador y ha colocado la santa Bárbara en el cajón del dinero; tiene en cada botella un revólver y un proyectil en cada queso; y se ha hecho de su voluntad una impenetrable cota, con la que se cree blindado.

Atrinchado en sus posiciones, espera sereno, de noche y de día, los ataques de su solapado enemigo; conoce el país, y—vaya que si lo conoce!—á la gente y á la época, y domina la situación. No hay medios vergonzosos que ciertas gentes no admitan como buenos para emplearlos contra el bodeguero de la esquina, desde el ataque á mano armada—léase robo directo—hasta el sistema de sorpresas, representado por una peseta falsa.

La Providencia, dicen, se presenta á los mortales bajo múltiples aspectos; yo lo creo también, porque he visto al bodeguero de la esquina representar más de una vez á la Providencia.

Por aferrado que esté á su propósito de no fiar nada ni fiarse de nadie, él siempre dará el chocolate para la vecina pobre que está de parto, la panetela para cerrar la boca del recién nacido y el aceite de almendras, el pedazo de pábilo, la cazuela nueva y el aguardiente de Islas para usos más secretos.

Y si muere el chico, ¿cómo es posible que el bodeguero tenga entrañas de piedra, á la vista del cuadro desgarrador que presentan los dolientes y sus numerosos acompañantes en vísperas de cenar? No es creíble tan grande crueldad, y en prueba de ello, ahí van queso, galletas, café y vino para que el sentimiento no sea cosa mayor.

Porque, como dice con mucha gracia el padre de la criatura, para algo ha de servir el miserable del bodeguero.

¡Pobre bodeguero! donde quiera que siembra un beneficio, cosecha un ingrato!

Todos le hacen traición, menos un paisano suyo, portero de la casa de enfrente, voluntario realista del tiempo de Morillo, y narrador sempiterno de la jornada del puente de San Payo; esta alma leal y franca, hace conservar el calor de la amistad en aquel corazón aislado tras el mostrador.

Un día el bodeguero de la esquina recibe un papelito de la vecina del lado, que dice así:

«D. Facundo, no le mando el pico que le debo, porque mi esposo me ha declarado solemnemente que no tiene pico; voy á salir con la niña á casa de un pariente que nos lo proporcione, pero ni la pobrecita ni yo tenemos zapatos. Mándeme usted un doblon, que todo se lo pagaré junto. Su servidora, Tula.»

D. Facundo lee, reflexiona, y vacila en resolver; piensa en la niña, que tiene 18 años y no tiene zapatos, confiesa que más de una vez le ha hecho ciertos guiños, porque al fin, cada uno tiene su alma en su armario, y entrega el doblon á un chico, que debe ser también hijo de Doña Tula, porque está descalzo: D. Facundo recita *sotto voce* esta canción:

Quando menos lo pienso
te me apareces,

con la pata en el suelo
y el pelo suelto;
porque tú quieres
que yo viva en el mundo
abochornado.

Al otro día la casa del lado amanece desocupada; D. Facundo pagó la agencia, y todavía quedó para un mazo de tabaco del fuerte.

Al entrar en la nueva morada, dice D.^a Tula riendo: —¡Qué cara tendrá hoy ese pícaro de bodeguero!

Cheito es casado, tiene cinco hijos, y hace ya un año que no dá un golpe, según su pintoresca espresión.

Yo no quiero decir por qué no encuentra trabajo Cheito.

A las nueve de la noche entra en su casa; su pobre mujer está sentada en el suelo, rodeada de sus cinco hijos, que lloran pidiendo pan; ella no llora, que también se agotan las lágrimas.

La vacilante luz de una raquítica vela de sebo derrama su dudosa claridad sobre ese cuadro aterrador de humana miseria.

—¡Por Dios, Cheito, le dice su mujer al verle entrar, consuela á estos angelitos, que con sus gritos me parten el alma! Quisiera morir para no verlos en ese estado!

Cheito se estremece, y sale corriendo á la calle; titubea un segundo, y en seguida se dirige con ademán resuelto á la bodega de la esquina, á la de nuestro conocido D. Facundo, precisamente. Con acento conmovedor suplica á nuestro bodeguero lo saque del terrible lance, y le habla de sus hijos: no los tiene D. Facundo, pero comprende el dolor de Cheito, y aunque este ya le tiene cogido, recuerda que es cristiano y que Dios ordena la caridad; sin contestar palabra dá cuanto le pide.

¡Si ustedes oyeran entonces las promesas, las fervorosas protestas de gratitud de Cheito!

En dos saltos se planta en su casa y deposita sobre la mesa con aire triunfal el pañuelo atestado de provisiones.

—¡Pan! esclaman á una los pobres niños, abalanzándose á la mesa.

—Dios se lo pague! dice la pobre madre, á la que el regocijo ha devuelto sus lágrimas.

Durante media hora, no se habla una palabra más; todos comen.

La esposa rompe el silencio.

—Dime, Cheito, ¿quién nos ha hecho esta obra de caridad?

—El píllo del bodeguero, contesta Cheito con acento sombrío.

Mis lectores pueden llenar estas dos líneas de puntos, con las reflexiones que tengan por conveniente: yo no tengo valor para ello.

Cheito, que no es tan píllo como el bodeguero que le dió de comer y alimentó á sus hijos, no es un ente *escepcional*; por desgracia constituye un tipo, lo mismo que D.^a Tula y otros que con el tiempo sacaré á relucir: les dá á ustedes su palabra de hacerlo así,

JUAN PEREZ.

CANTO OBLIGADO.

Á MI AMIGO EDUARDO.

Yo quisiera decirte alguna cosa
ó en dulces versos ó en amarga prosa;
pero, Eduardo, no sé en lo que consiste,
que há tiempo que mi lira se resiste
á herir sus cuerdas y exhalar sonidos;
del caso es la verdad, que ahora siento
faltarme inspiración, sobrando aliento.

Pasados ya los días
de amores, de esperanzas, de alegrías,
busco la lira en vano;
y ¿á qué buscarla cuando ya la mano,
de torpe y de cansada,
á producir no acierta ni un sonido?
¿á qué quitarle el polvo del olvido
si yo la abandoné de maltratada?

Cantaba á todo: á la sonora fuente,
á las fragantes flores,
y también ¡inocentel
cantaba á los purísimos amores;
y al ruiseñor que aclama
la hermosa primavera,
y á la tórtola triste que en la rama
con sus lamentos llama
á su amante perdida compañera.

Cantar necesitaba,
porque cantando así me desahogaba

Vino la reflexión; con ella vino
esa inquietud de la ambición ingrata
que nos tuerce el camino,
que forja sueños y que el sueño mata;
ese impulso falaz que al hombre lleva
á perder su quietud, su dulce calma
tras una vida nuev.

llena de azares, que poetiza el alma;
quiere escalar el cielo

en su pobre ambición, y sube y sube,
cruzando el éter con su ráudo vuelo,
entre la parda nube

que á su sabor lo envuelve y que lo arrastra;
pierde una madre y busca una madrastra!

El estro mío, muerto ya, infecundo,
tan solo dardos crea

en esa estéril, sin igual pelea

que se llama política en el mundo.

¿Me dirás que el amor y las mujeres

aun deben inspirarme? ¡Brava cosa!

Me gustan los placeres,

mas no los canto, pues los tomo *en prosa*.

El amor es bellísimo vocablo,

pero lo admito por falaz pretesto;

lo invoco siempre que con ellas hablo

como un programa que me allana el puesto.

En cuanto á las mujeres, todavía

que encienden te confieso el alma mía,

pero tengo evidencia de que quieren

al hombre, no al poeta;

sé que muchas prefieren

un prosaico doblon á una cuarteta;

así, opto por hablar, porque adelanto

con la lengua algo más que con el canto,

pues dice en un minuto sobre el tema

mucho más que la pluma en un poema.

Yo no quiero cantar, y volvería

por darte gusto á mis antiguas mafias,

pero la lira mía,

buscándola, quizá la encontraría

cubierta en un rincón de telarañas.

¡Déjola en paz! El canto me dá enojos,

que todo oscuro ya lo ven mis ojos,

porque al través lo ven mis desengaños

del negro prisma de los treinta años.

Y tengo otra razón que me sujeta,

que contiene mi voz, que no me inspira:

el mundo no es la patria del poeta;

indiferente el mundo oye su lira.

¿A qué cantar si tiene al vate en poco

el vulgo nécio que del mundo es dueño?

¿No ves que el canto en su entusiasmo loco

á la estúpida gente arrulla el sueño?

¡Olvidada mi lira yaza inerte!

¿De qué sirve cantar, si el mundo duerme?

JUAN SIN-MIEDO.

Una bellísima joven habanera, la Sta. D.^a T. C. y S., ha compuesto una danza con el simpático título: *El triunfo de Montaner*.

A juzgar por el voto imparcial de los inteligentes, la danza es preciosa, tanto como su autora por lo menos.

JUAN PALOMO, á fuer de galante y buen español, envía á esa apreciable señorita su más cordial enhorabuena.

Cien tomos escribió Irene,
doncella de gran talento,
y ha de hilvanar otros ciento
en todo el año que viene.

Siempre á escribir consagrada,
Irene, mujer profunda,
si de soltera es fecunda,
qué no será de casada!

JUAN PEREZ.



—Siempre encontramos muchos sombreros y pocos mambíses.
 —Es que como la insurreccion no tiene cabeza los sombreros están de mas.



EL COMANDANTE DON JOSE PASCUAL Y MONTANER.
 (De una fotografía.)

CH. H. 29 05



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Dicen del interior que Céspedes ha cambiado de trage con su señora para poder burlar á los que le siguen la pista de cerca.



D^a EMILIA.—Que hace V. Jordan?
JORDAN.—Estoy viendo á ver si reuno alhajas para la Santa causa.
D^a EMILIA.—No se moleste V. Las últimas se las llevó Quesada.

Ayuntamiento de Madrid

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO".

NUEVA-YORK, 12 DE MAYO.

*Ya llegó, ya llegó, coronado
De laureles de gloria su frente....*

X.

Ya llegó el esforzado y valiente,
Denodado y famoso Jordan.

Tambien yo llegué... á temer que el «Moro Castle» se fuese á pique con el peso de tan *magotable* cristiano; pero nó, Jordan salió salvo y sano del vapor, como Jonás de la ballena.

La llegada de ese famoso río ha sido muy oportuna, porque los vergonzantes estaban á punto de romperse el *bautismo*.

Además, que estando ya aquí el Jordan, no se hará esperar mucho tiempo el Mesías.

El «Morro-Castle» trajo un cargamento escogido: con Jordan venian Francisco Castillo, Gaspar Betancourt, Enrique Agramonte y otros personajes de alta cimera.

Las caras que traian denotaban que apesar de venir con Jordan, no venian de la Tierra Santa.

Antes los *cruzados* iban á la tierra del Jordan: ahora Jordan ha *cruzado* el mar para venir á una *cruzada*: es decir, que no verificándose el milagro de que la montaña fuese á Mahoma, ha sido preciso que Mahoma fuese á la montaña.

Lo que no admite réplica, es que Jordan ha salido de su patria adoptiva, es decir, que el río se ha salido de madre.

Es igualmente innegable que «cuando el río suena piedras ó agua lleva,» y la junta, que lo sabe, no recibió con mucho agasajo á Jordan, temerosa de que la avenida de este río *aguase* sus esperanzas ó *apedrease* sus ilusiones.

Pero Jordan no olvidó que «á río revuelto ganancia de pescadores,» y como en la manigua ni hay donde pescar, ni dan tiempo nuestras tropas, torció de cáuce, y corriendo, corriendo, como río caudaloso, ha dado con sus aguas en la capital *interina* de la república ilusoria.

La frialdad de la Junta hácia Jordan la comprenderá cualquiera que tenga *ingleses* y suficiente valor para figurarse por un momento que vienen á reclamarle lo que les debe.

Esto le pasa á la Junta. Debe á Jordan un año de paga por sus servicios de pega, y aunque Jordan lleva un nombre cristiano, no hay que olvidar que ha nacido en Judea.

Unos temian que Jordan, cansado ya de la farsa, viniese dispuesto á revelarlo todo; y por lo tanto no sabiendo qué esperar de él, si una caricia ó una coz, lo miraban con recelo.

Otros sospechaban que si ahora venia con cara risueña y en actitud amistosa, con la esperanza de cobrar su sueldo, no tardaría en fruncir el ceño y cerrar los puños cuando viese que la junta tenia los suyos vacíos.

Algunos sentian profundamente que se hubiese marchado de la manigua, porque ello no puede menos de redundar en desprestigio de la causa, supuesto que lo de la mision importante es una píldora muy doradita, eso sí, pero muy dura de tragar.

Toda esa variedad de sentimientos y opiniones dió por resultado, que muy pocos cubanos fueron á recibir á Jordan, y que hubo mucha frialdad por una y otra parte.

Los *reporters*, ó sean los perros perdigueros de la prensa, fueron á visitar á Jordan, porque como este habla inglés, podia darles materia para emborronar unas cuantas cuartillas más que de costumbre; lo cual es una ganga que ellos no desperdician nunca, porque les pagan á prorata.

Jordan no ha publicado manifiesto.

La junta no ha tenido atrevimiento para tanto. Sabia que Jordan no lo hubiera firmado sin saldar ántes las cuentas, y con esta conviccion, no se tomaron los junteiros el trabajo de escribirlo.

Además, que como echaron el resto en el de marras que firmó el cuatrero, ya hoy no hubieran sabido qué decr para sorprender al pueblo *yankee*.

El humor corre parejas con el bolsillo, y á los laborantes principian á agotárseles ámbas cosas. De ellos puede decirse que no comen porque no *piensan*, y no piensan porque no comen.

Pero volvamos á Jordan.

Tanto tiempo ha estado sin hablar inglés, que cuando

se encontró con sus paisanos, soltó la sin hueso como si hubieran abierto la llave del vapor.

Ha hablado en favor de la causa: ya se vé, no ha cobrado aún sus honorarios.

Ha dicho que la insurreccion tiene hoy más vitalidad que nunca. Los médicos, aunque el enfermo se esté muriendo, siempre dan esperanzas á la familia.

Dice que los cubanos son mejores soldados que los españoles; que los negros pelean con más valor que los cubanos, pero que más valientes que los negros son los chinos.

Dice que en toda la campaña de invierno los mambises solo han tenido *quince* muertos y *cincuenta* heridos.

¡Gracias á Dios! que al fin se ha averiguado con certeza el número de las bajas de la canalla: aunque Jordan se ha olvidado de decirnos si esos quince muertos y cincuenta heridos fueron semanales ó diarios.

Se vanagloria de haber tenido dos grandes victorias, una en las Minas y otra en Arroyo-Hondo, y después de dar todos los pormenores de sus proezas, acaba por confesar que tanto en una como en otra accion, tuvieron que retirarse los mambises.

Como en inglés todo se dice al revés, tendremos que traducir «grandes victorias» por «descomunales derrotas»

La pintura que hace del uniforme de los patriotas es ingeniosa y gráfica, porque la toma de Shakespeare. Dice que el traje de esos héroes es «uniforme en pobreza y desigual en todo lo demás.»

No deja de asombrarme que todos los *liebres* de la manigua vayan sin zapatos, *secundum Jordanem*, cuando tantas fábricas de calzado hay en la república, *secundum Quesadam*.

Pero es preciso pasar por alto estas pequeñas discrepaciones de los evangelistas mambises.

La descripcion de las armas que defienden á la República es sumamente chistosa en boca de Jordan. Dice que las hay de todas clases y sistemas, y que algunas causan tristeza; por ejemplo, las carabinas que llevan el cañon atado á la caja con una cuerda, para impedir que se vaya, como una flecha, con el tiro.

En vista de esa ingénua relacion, supongo que el sistema de Ambrosio es el más comun entre las carabinas de esa gente.

Que van desnudos y que necesitan armas.

Esto lo repite Jordan mil y mil veces, pues como es lo único que hay de verdad en cuanto dice, teme que tampoco vayan á creerlo.

Pero no necesitan esforzarse Jordan, ni Quesada, ni Ryan en una carta que escribe desde la madriguera, ni todos los órganos del desconcierto laborante: que no tienen armas y que están desnudos, de ropa, de vergüenza y de todo, lo creemos á pié juntillas.

Jordan pretende despertar las simpatías del pueblo *yankee*, pero hace mucho tiempo que las simpatías duermen á pierna suelta, y no llevan trazas de querer romper el sueño.

Jordan ha traído varios documentos oficiales, que publican con deleite los papelillos laborantes, y entre ellos hay una proclama del Papá, que encarga á los niños de Nueva-York que no riñan unos con otros; que haya paz y concordia entre ellos; que lo obedezcan y respeten y no lo hagan enfadar, y sobre todo que le envíen recursos, porque se está muriendo de hambre, y no es justo que el papá esté en la indigencia estando los hijos en la molicie.

El último de los embajadores ha ido á visitar al embajador original, al famosísimo Morales Lémus, que se halla enfermo y que ha hecho dimision únicamente porque ya no tiene potencia para ser Pleni-potenciario.

Muchas cosas más tengo que contarte, JUAN PALOMO, pero el tiempo corre más aprisa que un insurrecto y apenas si me veo con fuerzas para alcanzarlo.

Y sin embargo, es preciso decírtelo todo, para que no quede con apetito tu voraz estómago.

Ahí vá, pues, un cargamento de noticias en pocas palabras.

A fin de darle celos á Quesada,

A Jordan le regalan una espada.

Esto es verso y es verdad. Y puede que tambien sea una indirecta ese *sabre de mon père*.

Querian darle una comida y una serenata, y Jordan, con esa generosidad que le distingue, ha rehusado lo último y aceptado lo primero. Dicen que vá á ser tanto lo que comerá, que tendrá que usar la espada como mondadientes.

La *Revolucion* relincha de rabia al ver que el *Cronista* dice que están desunidos, y para probar que no lo están, renueva sus ataques contra Quesada, acusa á Mora de tener las manos súcias y publica un voto de censura contra José de Armas y Céspedes.

Los laborantes van á hacer una rifa de una porcion de joyas, cuyos dueños ignoran dónde están, y segun el órgano del Club, corren ya una porcion de billetes falsos.

¿No te dije yo que saldria un nuevo órgano laborante?

Pues ya lo tenemos en campaña: se llama *The Democrat*, en inglés, y lo hace sonar en español de Cuba el famoso Rafael Lanza.

Todavía no se sabe cómo se llamará el que publique Jordan; porque ya sabes que Jordan no puede quedarse sin órgano. Vaya! no faltaba más.

Dice el *Diario Cubano*:

«Digno de especial estudio nos parece el asunto siguiente: ¿Por qué los indios de la América Septentrional no pueden estar en paz con los anglo-sajones?»

¡Toma! por la misma razon que los mambises no pueden estar en paz con los españoles.

Porque son indios salvajes, hombre!

JOHN BULL.

MADRID, 12 DE ABRIL.

Querido amigo mio y único que no me mortifica: Sabrás como aquí donde el valor es infinito y donde por consiguiente nadie se altera, el órden está alterado continuamente.

Fecunda ha sido la quincena en palos y en derechos. Ya está averiguado que no se sabe ejercitar un derecho sin darle un palo á la persona que se tiene más cerca.

Sabrás asimismo que el primer domingo de Abril es el día en que todos los años se verifica el sorteo de los mozos que han de ir á servir al rey, como se decia en tiempo de nuestros abuelos.

Lo que no sabrás hasta que esta carta llegue á tus manos, es que apesar de ser la quinta una ley aprobada en Córtes, y de ser estas Córtes las representantes de la Nacion, la nacion no ha hecho la quinta. La ha hecho el Gobierno.

A esto llaman unos inconsecuencia del Gobierno; pero yo tengo noticia segura de que es inconsecuencia de la nacion. Porque no seria yo cuerdo ni sensato si después de encargarte un sombrero para mi cabeza, dejándote la libre eleccion de prenda tan difícil de elegir por mano agena, me lamentara luego de recibir el sombrerito, de que me viniera ancho.

Y esto es lo que el país hace con muy poca razon, ó yo no veo claro lo que tengo delante de los ojos.

El país eligió por sufragio universal unas Córtes soberanas y constituyentes.

Los diputados constituyentes hacen leyes; y el país no las acepta.

Y no solamente no las acepta, sino que se rebela..... contra quien creará? Contra el Gobierno.

Y la verdad es que el Gobierno no es más que el ejecutor de las leyes que hace el Congreso.

El general Prim prometió que no habria más quintas. Ahora resulta que hay quintas. ¿De quién es la culpa? Del general Prim? Nó. Del Congreso, que le ha aprobado la ley llamando cuarenta mil hombres á las armas.

Después de todo, el general Prim puede equivocarse, y aún puede prometer algo sin haberlo pensado bien, Casos se dan de personajes políticos un si es no es ligeros de cascos.

Lo que realmente no se concibe, es que los diputados representantes de la nacion, no sean de la opinion de la nacion, y que no oigan las voces de la nacion, que exige la abolicion de las quintas.

Esto es lo verdaderamente incomprensible.

No hay, pues, que exigir la responsabilidad de lo ocurrido en Barcelona en estos dias, ni al país que ha sido lógico con protestar del sorteo, ni al gobierno, que ha sido lógico en hacer cumplir y respetar el acuerdo de las Córtes soberanas.

Y estas observaciones puramente mias me conducen á darte cuenta de otro suceso que ha llamado grandemente la atencion pública.

El *Universal* ha pedido en un artículo la disolucion de las Córtes Constituyentes.

Estraño ha parecido á los amigos de la situacion este primer ensayo hecho por un periódico radical en averiguacion de lo que el país opina.

Yo creo que el país está de acuerdo con el periódico á que me refiero.

Las Cortes Constituyentes no son ya el reflejo de las aspiraciones del país.

Es casi imposible que en el estado de fraccionamiento en que se hallan puedan llegar á un acuerdo en la cuestión más grave que entraña la revolución de Setiembre.

Si el país es monárquico, tengo por indudable que en unas segundas elecciones logrará traer al Congreso una mayoría respetable de diputados monárquicos. Si el país es republicano, traerá una mayoría republicana, lo cual ha de costarles menos trabajo que sostener una lucha cuerpo á cuerpo con el Gobierno.

Hablemos ahora de otras frioleras.

El ascenso dado por el Gobierno al general Balmaseda, ha producido excelente efecto.

Es acaso (que dicho sea sin menos precio de nadie) el premio más justo de cuantos se han dado en un año á los militares españoles.

El decreto ha aparecido en la *Gaceta* casi al mismo tiempo que los partes oficiales de los sucesos de Barcelona. Sin embargo, la atención pública, fija en Cataluña, ha desviado la mirada para fijarse en el ilustre general, honra y prez de su patria.

De los demás puntos de España no hay noticia ninguna alarmante. Reina tranquilidad en todas partes.

Montpensier continúa en Madrid. Nadie habla de él, nadie se ocupa de su persona.

Responderá esto á algún plan? preguntan los desocupados.

En Madrid hay la costumbre de suponer doble intención á todo.

Ya no llueve sin que tenga la culpa algún partido político.

Por eso sin duda, desde que los partidos se desesperan y mueven jaranas, el tiempo está revuelto.

La Semana Santa empieza con partidas carlistas y viento fresco.

Ayer no llovió en ninguna provincia de España.

RUSEPIO BLASCO.

MADRID, 27 DE ABRIL.

Sr. D. JUAN PALOMO: Muy Sr. mío y amigo. Escribo á V. para darle noticias de lo que pasa por esta villa de Madrid, y ántes me ocurre preguntarle si es V. por casualidad pariente de alguno de tantos caballeros como hay ogaño aquí que son también *Juan Palomo*, aunque tienen por segundo apellido *yo me lo guiso y yo me lo como*. Por ejemplo, D. Juan Prim, nuestro gallardo Presidente del Consejo de Ministros, es un *Juan Palomo* por derecho propio, desde que ha dado en prolongar indefinidamente la interinidad en que nos hallamos desde el punto y hora en que la señora, que fué nuestra reina y aun lo sería si hubiese tenido prudencia y juicio, traspasó la frontera de España y Francia. Figuerola, nuestro ministro de Hacienda, es otro *Juan Palomo*, que no hay quien le saque del cuerpo el impenetrable secreto de sus operaciones de crédito, aunque mucho me temo de que el país averigüe el secreto, cuando vaya viendo el estado de la deuda pública.

En fin, señor JUAN PALOMO, crea V. que entre estos radicales ó *cimbrios*, que aquí mandan por ahora, tiene V. muchos homónimos, que cada cual hace aquello que se le antoja, y todos viven alegremente en buenas posiciones, más ó menos improvisadas, teniendo por divisa aquel consolador axioma que asegura que *mientras dura, vida y dulzura*.

Si me pregunta V. á dónde vamos á parar, difícilillo será que yo pueda contestarle, porque es cosa que se ignora absolutamente, pues lo que unos quieren otros detestan, y según la gráfica expresión del mismísimo Presidente de las Cortes, *aquí nadie se entiende*.

Las personas de más talento, entre los que hicieron la revolución de Setiembre, apoyan la candidatura del duque de Montpensier, que es verdaderamente la más lógica y razonable, y la que más garantías ofrece, de un gobierno de orden y libertad, sin las exajeraciones de los radicales y sin las del sistema de los moderados; un gobierno como hace falta en España, donde es preciso ante todo tener una larga época de sosiego y economía, para desarrollar los elementos de riqueza, dar medios de recobrar su prosperidad á la industria y al comercio, y reponer al país, en fin, de los innumerables perjuicios que le han hecho la intransigencia de los partidos y las frecuentes discordias políticas.

Pero á esta candidatura hacen oposicion los llamados *cimbrios*, y hay que confesar que tienen sus razones, siendo la más poderosa la de que ellos se conocen y presumen fundadamente que con un rey que tuviera sentido comun no mandarian en el país.

Estos *cimbrios*, Sr. JUAN PALOMO, que son unos republicanos arrepentidos, hacen cada desatino que vale por diez y cada día se enagenan más y más las simpatías de la gente sensata.

Y no puede esperarse otra cosa, porque ellos son en general, unos jóvenes que hace poco cursaban en las Universidades, que tienen bastante suelta la sin hueso, y saben hacer discursos de gran aparato, cuya forma suele zaherir á los oyentes impresionándoles, y en este país meridional todos somos impresionables—pero cuyo fondo suele no encontrarse por más que se busca.

Ya terminó el conflicto de las quintas, que ha costado cuatro ó cinco días de bombardeo sobre un pueblecito inmediato á Barcelona, llamado Gracia, y ahora amenaza el conflicto de las nuevas tarifas de contribuciones segun las cuales, los contribuyentes, que están á la cuarta pregunta, por efecto del malestar general, van á pagar mucho más de lo que pueden. Estas tarifas han producido una gran irritación en todas las víctimas; de manera que bien puede V. decir que en la Península está una gran parte de sus habitantes padeciendo una *irritación figueroliana* del peor carácter.

Entre tanto, los republicanos continúan su reorganización federal. los carlistas conspiran también, y los partidarios de la dinastía que se fué, tampoco se duermen en las pajas, y la fortuna que tiene esta situación es que los partidos contrarios están completamente divididos; los republicanos son unos partidarios del orden, y quieren hacer su propaganda legalmente, pero otros quieren llevar las cosas á sangre y fuego, andar á tiros, y parodiando la época del terror de la revolución francesa; los carlistas están divididos en carlistas liberales, tolerantes y amigos de los progresos de la civilización y carlistas intransigentes furiosos, que son hoy por hoy los que más influencia tienen cerca del llamado D. Carlos VII, quien, para acreditarse sin duda, acaba de romper con Cabrera, el caudillo de la guerra civil, el hombre verdaderamente ilustrado y de gran prestigio que tiene el partido carlista; los amigos de la dinastía caída se dividen también en partidarios de la ex-reina y de Gonzalez Bravo y en alfonsistas, que desean la abdicación de aquella en su hijo.

Como documento de oportunidad, citaré aquí el proyecto de Constitución que Cabrera presentó á D. Carlos, llamado VII, y que este caballerito ha desechado, alucinado como está por el elemento neo-inquisitorial, que seguramente no ha de darse la victoria. Este documento, que hasta hoy no se ha publicado en Madrid, es una gran prueba de lo que pueden la instrucción y la experiencia. Cabrera, que era un hombre violento, absolutista, intransigente, aparece hoy, después de sus muchos años de vivir en Inglaterra, conciliador, tolerante, prudente, liberal y conocedor de las exigencias de la época. Don Carlos, rodeado de carlistas de poco acá, que han sido ántes servidores de Doña Isabel II, rechaza, según parece, esa Constitución, creyendo, sin duda, que estamos todavía en los tiempos de Carlos II, y que tiene por ser quien es, derecho para mandarnos é imponernos su voluntad. Pasaron esos tiempos, y no se verá en ese espejo mi apreciable tocayo, que me parece no desmiente la raza de su abuelo. Cabrera ha dado el golpe de gracia á la causa carlista, separándose de ella, después de manifestar sus opiniones, tan ventajosamente modificadas por la experiencia y la instrucción.

Ya sabrá V., señor JUAN PALOMO, que por aquí hay también sus filibusteros que tienen el descaro de indicar la *conveniencia* de ceder ó vender la Isla de Cuba, pero el país les hace justicia y les trata como merecen. Semejante idea enrojece el semblante de toda persona honrada y que tenga en el corazón ese purísimo sentimiento que se llama patriotismo. Todos los españoles, menos esos infelices, hacemos votos porque esos valientes voluntarios y ese sufrido ejército, acaben su gloriosa obra de la pacificación de la Isla, y enviemos nuestro más entusiasta parabién al General Caballero de Rodas y demás jefes y oficiales de esos heroicos soldados que tan alto ponen el nombre español.

Como dice muy bien en su protesta el Casino Español de la Habana, ántes que abandonar á Cuba se debe convertirla en cenizas y perecer en ellas.

Y yo añado que ántes de que eso sucediese, no había

de quedar en la Península un solo español; todos deberíamos ir á defender nuestra isla de Cuba ó á morir por la integridad nacional.

Felicite V. también, señor JUAN PALOMO, á mi querido amigo D. Emilio Santos, que ya sabía yo, que le conozco y sé lo que vale, que había de prestar en la Isla grandes servicios á la causa de la patria y de la moralidad. D. Antonio Caballero de Rodas y D. Emilio Santos, son dos de los pocos hombres políticos que no están desprestigiados, todo lo contrario; cada vez ganan más simpatías entre los españoles honrados y verdaderos patriotas.

Por el próximo correo enviaré á V. otra carta que tenga más chiste que esta, y esté por consiguiente más en armonía con el carácter festivo y juguetón que V. tiene, y que tanto me gusta á mí.

Entretanto, aquí tiene V. su amigo de quien puede disponer, y á quien puede mandar lo que guste, siendo cosa buena, conocido en el mundo con el nombre de

CÁRLOS FRONTAURA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO SEGUNDO.

LA SANGRE Y LA TRADICION.

XIV.

La columna expedicionaria de los bravos españoles que marchaba sobre Bayamo hizo alto al ver cortado el camino por la formidable trinchera construida en el sitio á donde llevé á mis lectores en el capítulo anterior. El general Villate preparó sus fuerzas para el ataque, arengó á los soldados impacientes, dió órdenes á los flanqueadores, é hizo avanzar la artillería, que rompió el fuego al grito de *¡Viva España!*

Las primeras balas de los cañones se estrellaron contra el parapeto, que estaba sólidamente construido, y los rebeldes hacían un fuego nutrido, sin correr peligro, puesto que se hallaban á cubierto; el cabecilla Ignacio Mendez corría por cuatro y gritaba por diez, animando á su gente que, no estando acostumbrada á oír cañonazos más que en los días de la reina, empezaban á aturdirse, pues aunque el ruido que produce el cañon en la salva parecía igual al que entonces los preocupaba, la verdad era que la pequeña diferencia que resultaba por el aumento del proyectil no era una pequeñez insignificante: allí, para la imaginación de los novatos peleadores, se había vuelto del revés uno de nuestros refranes, pues en aquella ocasión podía decirse que eran más las nueces que el ruido.

—¡No hay que tener miedo! gritaba el sanguinario Mendez, alzando la vista para ver si la trinchera cubría bien su cabeza. ¡No hay que desmayar, pues si avanzan somos perdidos! ¡Vamos á acabar con ellos ántes que lleguen á poner el pié en el parapeto! ¡Sería una vergüenza que arrolláran nuestra bandera! ¡Fuego! ¡siempre fuego!.....

Y para que no desmayaran los rebeldes, gritaba como un energúmeno, no escaseando algunos planazos en las espaldas de los negros, que estaban puestos en primera fila, de carnada, como destinados á recibir el empuje de las tropas y á proteger la *juida*.

Armando de Aguirre, firme en el puesto que le correspondía, animaba á los soldados de su mal llamada compañía, y hacía perfectamente el papel de improvisado capitán; sus ojos chispeaban; en su frente se leía el entusiasmo de la causa que había abrazado; conseguía más con sus persuasivas palabras que Mendez con sus amenazas; Armando era un iluso, y estaba dispuesto á morir por la causa de Cuba, por más que llevara en el alma el terrible desencanto que produce ver en la práctica falseadas todas las teorías, unas porque son falsas y otras porque las falsifican los mismos hombres que las sostienen. ¡Pues qué! ¿no había de herir profundamente el ánimo del joven cubano haber soñado con una utopía deslumbradora y palpar la realidad de verse convertido en un incendiario, en un asesino, sin que se dilatara el horizonte de sus halagüeñas esperanzas?

Las balas seguían estrellándose contra los formidables troncos de la trinchera, y muchas rodillas flaqueaban, anunciando, unas el temblorito nervioso del miedo, otras el firme propósito de ponerse en movimiento si seguía el jaleo, y las balas ó los soldados se abrían paso. Armando, con imprudente valor, se asomaba á la trinchera para ver el campo y animar á sus compañeros, consiguiendo su objeto, puesto que el fuego continuaba tenaz, sin que los españoles produjeran bajas en su filas. El valor de Armando llamó la atención del mismo Mendez, que no le quería bien, como el lector sabe, porque no había demostrado rencores irreconciliables ni hablado siempre de sangre.

El cabecilla se acercó al capitán y le estendió la mano, diciéndole:

—¡Bien, Aguirre! Había juzgado á V. mal, pero daré fé de su ánimo esforzado y merecerá V. bien de la patria, que lo contempla. Los hombres son para las ocasiones.

Una sonrisa se escondió en los labios de Armando, que no contestó. Mendez le preguntó entonces:

—¿Cuántos enemigos calcula V. que vienen?

—No sé, contestó el joven con aire resuelto, pero si todos me acompañan en la resistencia, no pasará ni un español por este camino; somos triple número lo menos, y debemos morir aquí ántes que dejarlos pasar.

—¡Por supuesto! ¡pasarian sobre nuestros cadáveres! gritó Mendez animando á los rebeldes. ¡Aquí no hay uno que retroceda! ¡Fuego! ¡hoy nos vamos á hartar de beber sangre!.....

Una granada cayó en aquel momento en el campo insurrecto, haciendo un destrozo terrible, y el cabecilla dijo para sí:

—¡Granadas!..... Estas son bromas de mala ley!..... Las tropas, á pecho descubierto, avanzaban con impavidez y llegaron al pie de la trinchera, resueltas á subir y apoderarse de ella; y subieron los más arrojados, no sin caer algunos, víctimas de su arrojo; el combate tenía ya que ser cuerpo á cuerpo, pero no pudo verificarse, porque no encontraron al enemigo. Ignacio Mendez no creyó prudente dejar en la trinchera su cadáver para que pasaran por encima de él los españoles, y se lo llevó lejos, muy lejos, arrastrado por unas piernas que envidiaría el mejor galgo; y detrás de su jefe, sin duda por espíritu de subordinación, siguieron todos los rebeldes, dejando la trinchera limpia y el camino abierto.

Aquella oleada de hombres que corrían, se dispersaron en un minuto, como una nube de moscas que abandonan un pastel, espantadas por una mano.

Dije que corrían todos los rebeldes, y rectifico. Corrieron todos, menos uno. Armando de Aguirre, obedeciendo á la ley que dicta el honor, había creído que su causa era buena, y firme en su puesto, como ya indiqué, había jurado morir en él; y cumplía su palabra. Al ver que el desaliento se apoderaba del ánimo de sus compañeros, les arengó en vano; al ver que se asustaron con el efecto de la granada, los apostrofó por su cobardía; al ver que echaron á correr, la sangre se heló en las venas del infeliz joven, y cruzándose de brazos, impotente para defenderse, esperó la muerte.

Uno de los primeros que asaltó la trinchera fué el teniente Guillermo de Aguirre; al distinguir entre el humo de la pólvora un hombre que á pie firme aguardaba al enemigo cuando los demás corrían desbandados, se lanzó sobre él, y poniéndole la punta del sable en el pecho, le gritó:

—¡Entrégatelo!

Pero como la actitud de Armando, con los brazos cruzados, era la de un hombre ya rendido, Guillermo bajó el sable.

Armando se estremeció porque, á pesar de la emoción que lo dominaba, había conocido la voz de su hermano; entonces, dejando caer los brazos en ademán de desaliento ó de terrible congoja, exclamó:

—¡Mátame, Guillermo!

El teniente lanzó un grito desgarrador, y el sable se escapó de sus manos; todo el valor del joven militar desapareció ante el timbre de aquella voz, que había llamado á la puerta de su corazón. ¡La realidad era espantosa! Guillermo tenía que matar á su hermano; se veía obligado por el honor, por el deber, á derramar su misma sangre, á hacer justicia á su patria á costa de un sacrificio espantoso.

En el primer momento la sangre triunfó, y acercándose al oído de su hermano, le dijo:

—¡Huyel!..... ¡Tengo que matarte!

—Para huir, contestó Armando con calma, he tenido libre el campo. ¡No sé correr! ¡Mátame!

La sangre del militar dejó de circular por sus venas, pues la situación era horrible: tenía delante un enemigo que no podía escapar de la muerte, que era su prisionero de guerra, á quien admiraba en aquel momento por su valor, y su corazón lo arrastraba á echarse en sus brazos para ampararlo; pero había una barrera entre los dos, que no se podía salvar; y el honor triunfó.

—¿Qué has hecho, Armando? ¿En qué situación me colocas tu locura?

—Guillermo, no vaciles; dame la muerte, que me será más dulce si la recibo de tu mano.

—¿Mátame yo?.....

Si á un militar valiente fuera permitido llorar, el teniente hubiera dado rienda á sus lágrimas comprimidas.

—¿Por qué no? preguntó Armando; ¡he de morir de todos modos!

—¿Qué te propusiste esperando, infeliz? exclamó Guillermo con desesperación.

—Me propuse morir; vi desvanecerse la última ilusión que me quedaba; creía que era verdad todo, y todo era una mentira. Me hablaban de valor, de morir peleando, y apenas asomé por encima de la trinchera la primera bayoneta, huyeron despavoridos. ¡Cobardes!..... ¡No, no quiero vivir! ¡Mátame pronto, hermano mío, que soy muy desgraciado!.....

Los soldados españoles iban saltando por encima de la trinchera y seguían corriendo inútilmente detrás de los rebeldes, con el deseo de alcanzarlos; un grupo de ellos se detuvo, y viendo al teniente parado junto á un insurrecto, corrieron al sitio gritando y en actitud de matarlo.

Guillermo se interpuso, diciendo:

—¡Es un prisionero de guerra! ¡alto!

—¡Mueren! gritaron todos; ¡es un rebelde! ¡se le ha cogido con las armas en la mano, y no hay perdón para los enemigos de nuestra bandera!

—Se ha entregado, y debemos esperar que lo juzguen, añadió el teniente, queriendo salvar el peligro del momento que su hermano corría; respondo de él con mi cabeza, y lo llevaré al general.

Armando había vuelto á cruzarse de brazos esperando la muerte, que era inevitable, atendida la cólera de los soldados.

—¡Mueren! gritaron todos.

—El prisionero es nuestro, dijo un oficial.

Guillermo de Aguirre cerró los ojos y dió media vuelta, abandonando á su hermano; su valor había desaparecido, pues sintió un vértigo y temió desmayarse.

Los soldados colocaron á Armando al pie de la trin-

chera y le apuntaron para fusilarlo, pero en aquel momento una bandera española que flameaba cayó sobre la cabeza del joven insurrecto, y una voz femenina exclamó:

—¡Quietos! ¡Este prisionero es mío!..... ¡Está al amparo del pabellón!

Armando se estremeció. La Providencia, aquel ángel salvador que había hecho levantar los cañones de los fusiles, como en otros tiempos el brazo de Abraham, era una mujer vestida de cantinera, llevando en la mano el pendón de España, que había pedido al abanderado para salvar á Armando. Ese acto había sido una inspiración del cielo.

Aquella mujer era Adelaida San Feliú.

(Continuará.)

JUAN SIN TIERRA.

SARTENAZOS.

Circula por ahí la Historia del Santo Concilio del Vaticano.

Hemos leído la primera entrega y declaramos que nos satisface lo bastante para renunciar sin pena al resto de la obra.

El historiador truena en la página 15 contra los jóvenes de 20 años que niegan la infalibilidad y otras atribuciones de los Papas.

Oh juventud malograda!

El crimen, pues, no está en la idea, sino en la edad: cuestión de guarismos; es un crimen aritmético el que se denuncia.

¡Pues que salga el autor!

Aun hay más:

Agno el historiador á toda idea terrena, como cumple á la índole espiritual del libro, esclama en un transporte de piadosa indignación:

«El cetro de San Fernando, arrastrado por el lodo y cubierto de cieno, ha sido ofrecido á príncipes extranjeros por los que audazmente se apoderaron de los destinos de la noble, de la hidalga nación española.....»

¡Te veo!

Paso á lo del lodo y lo del cieno, que ensucia al que los toca, y paso á los príncipes extranjeros, incluso Carlos VII, para venir á parar á esos hombres que audazmente, etc.

Porque aquí el audaz es el Gobierno; y esto, por más que lo diga el autor de la historia del Concilio, tiene muy poco de conciliador.

El historiador se apellida Cebada.

—Pues, señor Cebada, se me antoja que se va usted del seguro; si usted ha escrito ese libro con el objeto de buscar con que comer, cómaselo usted á sí mismo, y habrá salido del paso.....

El hijo de D. Enrique de Borbon, al marchar á Paris, ha dirigido un manifiesto al pueblo, en el que dice, que jura por los manes de su adorado padre consagrar su vida entera al servicio de la independencia y libertad del digno y levantado pueblo español.

Después de esto, se ha marchado al palacio Basilevsky, donde á mesa y mantel recibe los favores y los consejos de D. Francisco de Asís y D^a Isabel de Borbon.

Ateme V. esa mosca por el rabo, y tire de la cuerda.

¿Ustedes saben algo del presidente Céspedes?

Hace tiempo que no se oye hablar de él: ni siquiera dicen si se ha vuelto á casar otra vez.

No se puede negar que los mambises, entre muchas cosas malas, tienen una buena; el ser castos y recatados hasta la pared de enfrente.

¿Por qué?

Porque jamás enseñan el pecho á los soldados. Prefieren enseñársela la espalda.

Parece que les quitan la paga á muchos obispos.

¡Válgame Dios, qué colección de amas vamos á tener en situación de reemplazo!

Nuestro número de hoy se engalana con una nueva firma, que si bien conocida ya favorablemente, es la primera vez que honra nuestro semanario suscribiendo artículos de colaboración.

Aludimos al distinguido escritor Carlos Frontaura, que nos ha favorecido con la notable carta que en otro lugar habrán leído y saboreado nuestros lectores.

JUAN PALOMO está que no cabe en sí de contento, porque vé cumplida su constante aspiración de dar amenidad ó interés á su periódico.

El Sr. Frontaura nos ha remitido los cinco primeros números de su interesante periódico *Los niños*, revista de educación y recreo, escrito expresamente para esos diminutos y queridos seres que le han dado título.

Nada más delicado, sencillo y tierno que las amenas composiciones insertas en las columnas de esa infantil publicación; páginas inapreciables de moralidad y grato entretenimiento, de enseñanza útil y de provechosas lecciones.

El periódico *Los niños* es ilustrado; en él hallarán los lectores vistas de monumentos, ejemplares de historia natural, trajes, retratos, mapas, planos, paisajes, tipos,

música, planas para aprender á escribir y modelos para dibujos.

Una sociedad de padres de familia es la fundadora del periódico; D. Carlos Frontaura su director, esta es una recomendación mayor.

Trueba, Arnao, Zorrilla y otros esclarecidos ingenios firman los varios trabajos destinados á formar y dirigir las almas de esas tiernas criaturas, objeto constante de cariñosos cuidados.

Con el presente número de nuestro semanario repartimos el prospecto del periódico *Los Niños*; la suscripción se halla abierta en la *Propaganda Literaria*, Habana, 100. Cuesta tres pesos un semestre y 5—50 centavos al año.

Nos ha dicho el telégrafo que en Roma se piensa en canonizar á Cristóbal Colon.

Pues señor, cuando esto se realice ya no podremos ir al Parque á oír la retreta, sino á rezar la novena.

Uno de los diputados que más oposición han hecho al proyecto de ley de matrimonio civil es el Sr. Toro.

¡Claro es! Un hombre que se llama así debe oponerse al matrimonio civil y al militar y á todos los matrimonios habidos y por haber.

El número próximo tendrán ustedes la carta de Barcelona que nos envió Serafí Pitarra por el último vapor-correo.

La abundancia de materiales nos ha impedido darla en el presente.

Por igual motivo, esto es, porque no *caben* hoy no publicamos las preciosas redondillas que nos ha enviado nuestro amigo el poeta andaluz D. Luiz de Eguilaz, y que pertenecen á una comedia inédita del distinguido autor de *La cruz del matrimonio* y *Lope de Rueda*.

Hay que tener paciencia y aguardar.

ALMANAQUE

cómico, político y literario de

JUAN PALOMO.

Un volumen de unas 100 páginas en 4.º, á dos columnas, edición elegante, con artículos, versos, epigramas, biografías, novelas, cuentos, propósitos y despropósitos, todo guisado y condimentado por los redactores, correspondientes y colaboradores de Juan Palomo, las señoras

Avellaneda,

Castro de Murguía, Felicia, Grassi y Perez de Zambrana

Y LOS SEÑORES.

Alarcón, Ariza, Auber, Baamonde, Blasco, Bustillo, Cano, Carrillo, Castañón, Castelar, Cazorro, Correa, Ecay, Eulate, Fernandez Duro, Guzman, Hartzbusch, Hortsman, Landaluce, Marco, Martinez de la Rosa, Medina, Moreno de Fuentes, Ortega y Gironés, Palacio, Peralta, Pitarra, Puente y Brañas, Ruiz, Ramos Carrión, Ruiz de Aguilera, Sanchez, Sanson, Santi, Santisteban, Segarra, Triay, Vergéz, Zafra, y los Juanes de la esfradía.

Adornan sus hojas dos magníficos retratos del general Caballero de Rodas y Castañón, dos dancitas, un plano y una lluvia de chistosísimas caricaturas dibujadas por

LANDALUCE Y CISNEROS.

Juan Palomo hubiera querido salir antes á luz con su *Almanaque*, pero le han detenido el deseo de dar un libro *morrocotudo* y el temor de que se le confunda con los melones.

Este *Almanaque* se ha repartido *gratis* á todo el que ha pagado adelantado un semestre ó un año de suscripción á Juan Palomo.

Los suscritores por meses en la Habana pueden adquirirlo, si gustan, al ínfimo precio de 4 reales fuertes, debiendo, para recogerlo, presentar en esta Administración (calle de Compostela, núm. 71)—de 7 de la mañana á 5 de la tarde—el último recibo abonado correspondiente al mes de Abril, para comprobarlo.

Los pocos ejemplares que de la tirada se han dedicado á la venta pública, ó sea á los *no* suscritores, se venderán á

Reales fts. 6 en la Habana. | Reales fts. 8 en el interior franco de porte, pudiendo hacerse el pedido en sellos de correos.

¡OJO!

Todo suscriptor nuevo á Juan Palomo por un semestre (lo menos) á partir desde el presente mes de Mayo, tendrá derecho á recibir *gratis* las 4 hojas grandes de dibujos con que mensualmente obséquia este periódico á sus favorecedores, repartidas en el presente año, así como tambien el *Almanaque*, ahorrándose, además, en la suscripción 75 centavos, según puede verse por la tarifa de precios que vá al pie.

Todo pedido, que deberá venir acompañado de su importe en sellos ó letra sobre la Habana, se dirigirá con sobre al Administrador de Juan Palomo, calle de Compostela, núm. 71.—HABANA.

PRECIOS DE SUSCRICION A JUAN PALOMO.

PAGO ANTICIPADO POR.....	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
En la Habana.....	\$1 »	2 75	5 25	10 »
En el Interior.....	» »	3 75	7 »	12 75
En el Exterior de la Isla.	» »	4 25	8 »	15 »

Números sueltos: en la HABANA 25 cents. y 30 en el INTERIOR.

IMPRENTA MILITAR., RICLA 40.